

Sol Calero

Ciber Café

La figura del ciber café está a punto de extinguirse. Durante décadas ha sido un lugar imprescindible de acceso a internet para inmigrantes y viajeros que deseen contactar a familiares en sus lejanos países de origen. Estos negocios, con sus filas numeradas de computadoras y cabinas telefónicas semiprivadas, son frecuentados por usuarios que prepagan horas o minutos para realizar actividades cotidianas. Es común que funcionen simultáneamente como tiendas, mostradores de Western Union, salones de belleza o cafeterías, convirtiéndose en espacios de encuentro de la comunidad que operan a través de flexibilidad, adaptación e improvisación.

Calero instaló su primer *Ciber Café* en la feria de arte Frieze London donde el espíritu del multiuso tomó la forma de un ciber que también servía como escenario para esculturas, pinturas y videos. La instalación, con acceso gratuito a Internet, fue diseñada como una plataforma adaptable que puede reinstalarse y exhibir otras rotaciones de contenido. Materiales de construcción como ladrillos, cables, madera y plástico corrugado, combinados con plantas domésticas, se utilizaron para diseñar el espacio donde se organizaron las computadoras. Sobre esta plataforma, se integraron sillas de oficina, un sofá y taburetes para las cabinas telefónicas los cuales fueron pintados a mano por la artista, integrando así todos los elementos del ciber café. Cada pieza aportaba una singularidad; por ejemplo, desde las cabinas telefónicas se escuchaban sonidos frenéticos en los auriculares, creando un collage entre música de espera y ritmos latinoamericanos.

El cibercafé implica movimiento y fugacidad. Al igual que el salón de belleza funciona como un *tercer espacio*¹—no es un hogar, ni trabajo, ni patria, ni un destino. Es un lugar *entre* lugares, un espacio liminal o intermedio, por definición. A menudo sirve como sitio de intercambio social, una parada habitual para quienes pertenecen a diversas comunidades de la diáspora y quizás un vínculo entre realidades cotidianas separadas por largas distancias. La función principal del ciber generalmente es mantener rela-

¹ Ver la discusión sobre el tercer espacio de Homi K. Bhabha en *El lugar de la cultura*, publicado por Manantial en 2002 y traducido del inglés por César Aira. Aquí un extracto relevante: “La temporalidad asincrónica de las culturas global y nacional abre un espacio cultural, un tercer espacio, donde la negociación de diferencias inconmensurables crea una tensión propia de las existencias fronterizas” (pág 263).

ciones interpersonales en el extranjero, pero en este intercambio también interviene en gran medida un factor macroeconómico transnacional. Se estima que las personas que migran a países “desarrollados” envían más de seiscientos mil millones de dólares estadounidenses al año a sus países de origen, mucho más que la ayuda internacional destinada a esas latitudes.² Esto significa que las economías de los países “en vías de desarrollo” y, por lo tanto, su estabilidad, dependen en gran medida de sus ciudadanos en diáspora.

En una primera instancia, el *Ciber Café* de Calero en el contexto de la feria de arte Frieze, evocaba una extrañeza exótica, pero también, parecía un rincón acogedor que contaba con equipos útiles y necesarios. Así, las grandes, coloridas y alegres pinturas de bailarines de salsa y frutas, sumado a un ensamble de esculturas inspiradas en el *arte povera* (arte pobre) vestidas con faldas de rumba, llevaban el kitsch a otro nivel. La precariedad juguetona de la construcción fue al mismo tiempo irónica y seria, al incorporar una tradición iconográfica que ha sido tergiversada y excluida de las narrativas canónicas de la historia del arte. El enfoque *light-handed*, las plantas domésticas y el elemento interactivo de la instalación dieron la bienvenida a los visitantes casuales que observaban o analizaban el espacio, o simplemente revisaban sus correos electrónicos. Sin embargo, el *camp*, a pesar de su extravagancia y rebeldía, siempre está permeado de cierta melancolía. Por ello, la “buena cara” que ofrece implica siempre una evasión: el nacimiento y, al mismo tiempo, la muerte de un sueño. El talón de Aquiles es la añoranza. Debajo de la superficie, brotando de las maníacas ondas sonoras de los auriculares, se respiraba una metáfora de lo que realmente le espera al inmigrante que quizás haya arriesgado mucho para llegar aquí: una potente mezcla de burocracia kafkiana, nostalgia tropical, encasillamientos injustos y miedo al rechazo.

En la medida en que el ciber café se acerca a la obsolescencia, nace otro tipo de fragmentación que proviene de la individualización de la interfaz tecnológica. Quedaron atrás los días de llamadas telefónicas apresuradas al extranjero y el uso frenético de internet restringido por la presión de un reloj. Hoy en día, aunque la mayoría lleva cierta vida virtual, los inmigrantes suelen vivir una existencia casi *cuántica*: habitan psicológicamente una casa de *chats* llena de familiares y amigos que viven lejos y con actuali-

² “Se espera que el flujo de las remesas globales alcance los cinco billones cuatrocientos mil millones de dólares estadounidenses en el 2030, estimulado por la digitalización,” en el reporte IFAD de la agencia de las Naciones Unidas del 16 de junio de 2022. Es importante resaltar también que el 85% del ingreso de los migrantes se queda en los países que los reciben.

zaciones en tiempo real. No existe una patria viable a la que regresar o en la cual permanecer, ni una manera factible de entrar o salir a esa patria, por lo que el "hogar" se vuelve nebuloso, está en todas partes y en ninguna, se define casi exclusivamente por las relaciones interpersonales. Si bien la esfera virtual ofrece cierto alivio a la soledad y un medio para trascender fronteras, también es un espacio sumamente vigilado y monetizado, difícilmente puede llegar a ser un sustituto digno de la muy deseada presencia física o la realidad corpórea.

A pesar del elemento desafiante de las vibrantes instalaciones de Calero, queda claro que ser un caso excepcional voluntario no podría ser un antídoto real para la incomodidad de ser percibida como "lo otro". Su trabajo profundiza esta incomodidad, exotizándose en sus propios términos, enorgulleciéndose tanto de su carácter caribeño como de su creatividad diaspórica. El mejor remedio para la alienación consiste en construir comunidad, ese es el lema que Calero intenta seguir consistentemente tanto con elementos de práctica social como con la inclusión y curaduría de otros artistas.

Para *Ciber Café*, Calero invitó al artista Juan Pablo Garza a curar una selección de videos de artistas venezolanos que podían ser vistos en las computadoras, a través de una interfaz programada especialmente para la muestra, diseñada por Mario Campos. Los artistas invitados fueron: Hernán Alvarado, Cristian Guardia, Suwon Lee, Enrique Moreno, Julian Higuerey Núñez, Federico Ovalles, Armando Rosales y Raily Yance con Fabio Bonfanti. Por otro lado, también se incluyó *El Pato Donald de Caimare Chico* de Marco Montiel-Soto, *Carnaval, Carnaval* de Laura Jordan y *Echando días pa' tras*, el último CD de salsa de José Otero.

La cruda realidad es que la Venezuela de los años 80 y 90, en la que creció Calero, ya no existe debido a un torrencial de problemas políticos, económicos y sociales (siendo la corrupción la causa y síntoma más prominente en todos los niveles de la sociedad), por ello Venezuela es un lugar que ha llegado a las profundidades del *mal en peor*. De esta manera, al igual que Calero, muchos artistas venezolanos están dispersos por el mundo, lo que genera una sensación de desconexión en la comunidad artística. Aquí en el *Ciber Café* de Calero, un puñado de ellos se reúnen virtualmente en un gesto de solidaridad.